

LA OLIMPIADA ROTA

El terrorismo es un lenguaje. Uno de sus nombres clásicos es el de «propaganda por el hecho». Es la propaganda del pobre, de quien no tiene los medios habituales —caros— de la propaganda a su disposición: es también la guerra del pobre, la de la bomba casera o la ametralladora robada; la guerra de quien no puede inventar el verbo «coventrizar» (la destrucción de la ciudad de Coventry por los alemanes) o «craterizar» (la conversión de la tierra de Vietnam en un paisaje de cráteres por los americanos), porque en la guerra entra un factor más o menos legal de terror: las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki tenían el valor de aterrorizar al Japón y apresurar su rendición. El terrorismo, como lenguaje, tenía un inmenso amplificador en los Juegos Olímpicos de Munich. Lo ha tenido, y probablemente —seguramente— de una manera contraria a la que pensaron quienes lo perpetraban. Las represalias tomadas por Israel, con los bombardeos de fin de semana sobre aldeas y campamentos del interior de Siria y Líbano han sido aún más sangrientas y con víctimas aún más inocentes que los atletas de la Olimpiada. Pero han sido mejor, más suavemente acogidas por el mundo. Cuestión de lenguaje de terror.

LOS TRES ERRORES

El primer error en todo este gran montón de errores trágicos que se han sucedido en las horas sangrientas de Munich es el de no calcular el carácter mítico que se da a los Juegos Olímpicos en el mundo —un carácter de tregua, de paz— y el carácter de los personajes —los deportistas, los atletas olímpicos— que iban a ser víctimas, y luego mártires, del acto. No son ahora mártires de Israel, sino mártires del mundo, mártires de la Olimpiada. Este mismo amplificador, esta misma caja de resonancia, sirve para condenar el acto.

¿Sería distinto si el plan de los agentes de Septiembre Negro hubiese salido tal como lo habían planeado ellos? Seguramente. Imaginemos que los atletas amenazados no hubiesen luchado con sus asaltantes; que Israel hubiese aceptado el pacto antes del ultimátum, que Alemania Federal no hubiese obstaculizado la salida de terroristas y rehenes y que en Túnez se hubiese celebrado el intercambio de prisioneros. Probablemente la opinión mundial hubiese sido distinta, y en cierto modo admirativa. Pero ha mediado la sangre, y la espantosa matanza de todos, víctimas y victimarios. Todo cobra, entonces, el aspecto siniestro y cruel que en realidad tenía en potencia.

Pero aquí aparece el segundo error. Es el de Israel: la negativa a la negociación. Un error desde un punto de vista meramente humano o sentimental, pero no desde el



EDUARDO HARO TECLEN

punto de vista político. Israel sabe perfectamente que su enemigo es implacable —como lo es él mismo— y que sus amenazas se cumplen. Negándose a negociar, condenaba de antemano a sus compatriotas. Políticamente, sin embargo, y sin pretender que el Gobierno del Estado de Israel tuviese ese siniestro cálculo en la reunión urgente que celebró en cuanto conoció la noticia, el resultado final favorece su causa en la medida en que perjudica la de los palestinos y contribuye a desacreditar la práctica del terrorismo, que es la única que les queda hoy, como posible, a sus enemigos.

El tercero y más grave de los errores es el de las autoridades alemanas federales. Se podía entrar en el terreno de la ética: los alemanes habían pactado —por medio, nada menos, que de su propio ministro del Interior— y no cumplieron su pacto; cuando estaban negociando la salida del territorio federal por medio de helicópteros y aviones, estaban simultáneamente preparando el plan para disparar y matar a los pactantes. El terreno de la ética es siempre resbaladizo, y puede muy bien argüirse, en este

caso, que puede no haber muchos motivos para respetar un pacto cuando éste se hace bajo una presión violenta. Dejemos la cuestión. Pero el plan en sí era, sin duda, estratégicamente disparatado. Pensar que unos tiradores, por escogidos que sean, pueden desembarazarse en la noche de unos secuestradores dejando indemnes a los rehenes es una alucinación. El resultado parecía inevitable. Importa escasamente en este momento cuál de las dos versiones principales es la cierta, si la de que los palestinos ejecutaron a sus prisioneros o la de que unos y otros murieron por las balas alemanas (¿fue el helicóptero alcanzado por los disparos?); todo era previsible. En esta cadena de errores, el de los alemanes es una trágica tontería.

Los palestinos creyeron que podrían secuestrar limpiamente a los olímpicos israelíes, y cambiálos por sus prisioneros; los atletas creyeron que con sus músculos y sus navajas podrían defenderse de sus asaltantes; los israelíes, que la máxima de que «no se negocia bajo la amenaza» tiene algún valor real, y que sus enemigos terminarían por ceder, y los alemanes confiaron una

vez más en que disparando se ganan las situaciones. El resultado ha sido esta tragedia. Un retrato muy adecuado del mundo contemporáneo.

Puede decirse, sin embargo, que el daño que puedan hacer estos agentes a la causa palestina es mínimo, porque la causa palestina está tan hundida y tan desesperada que difícilmente se la puede hundir más. Es una vaciedad —comparable a la de «no negociar bajo la presión»— la de insistir en que la causa palestina «debe defenderse por otros medios», porque desde hace un cuarto de siglo ya —Israel se fundó en 1948— se han agotado todos los medios posibles para resolver la situación de los palestinos sin hogar, aplañados en campamentos, condenados a la miseria, al hambre y finalmente a la matanza hasta por sus propios hermanos de raza; todos los medios, incluidas varias resoluciones del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General de la ONU, algunas guerras legales y los actos de terrorismo. La situación, en lugar de mejorar, ha ido empeorando. No parece, a estas alturas, que tenga remedio.

Si el terrorismo es la guerra de los pobres, la propaganda de los pobres, lo es también de los absolutamente desesperados. Es un equivalente del suicidio, un suicidio sarnoso. Las sucesivas muertes de los agentes palestinos en los actos de terror perpetrados hasta ahora —continuación de las muertes de los llamados anarquistas, de los terroristas del siglo pasado— son una clara ilustración.

LOS ATENTADOS

El terrorismo palestino, sin embargo, tiene una distinción muy neta del acto indiscriminado que caracterizaba el terrorismo pasado y que, por ejemplo, sigue siendo la forma en que lo presentan los combatientes católicos de Irlanda. No es la destrucción por la destrucción, ni la creación de un clima insostenible o terrorífico. Hasta el punto de que puede dudarse de considerarlo terrorismo. Son actos con una planificación para obtener un resultado determinado. Podría decirse que la sangre, generalmente, brota porque los planes fallan; en otras ocasiones, la muerte aparece como una disuasión para que no se cometan actos determinados. Por ejemplo, en los numerosos atentados contra aviones. Se trata de disuadir a la gente de que vaya a Israel, de buscar un aislamiento de Israel. El lenguaje de los atentados contra los aviones de El Al (Atenas, 26 de diciembre de 1968; Zúrich, 18 de febrero de 1969) y luego el de los perpetrados contra aviones de otras nacionalidades distintas (un «Boeing» de la TWA secuestrado en Damasco, con 101 pasajeros; uno de la Swissair, con destino a Tel-Aviv, explotado en pleno vuelo, con 47 muertos, el 21 de

Un fedayín, encapuchado, encargado de vigilar las idas y venidas de los negociadores.

febrero de 1970; un aparato de la Olympic Airways ocupado por los palestinos en Atenas, con la amenaza de volarlo con todos sus pasajeros si no se liberaba a siete detenidos palestinos, el 22 de julio de 1970; cuatro aviones de pasajeros secuestrados en un solo día, el 6 de septiembre de 1970, y otro tres días después; uno de la Lufthansa, con 180 pasajeros, cambiado por cinco millones de dólares que entregó el Gobierno alemán, el 21 de febrero de 1972; otro de la Sabena, el 9 de mayo de 1972, asaltado en el aeropuerto de Lod por agentes israelitas cubiertos por una falsa identidad de la Cruz Roja; la mantaza por medio de japoneses en el mismo aeropuerto, el 30 de mayo de 1972; la explosión en un «Boeing» de El Al por un explosivo encubierto en un tocadiscos, el 16 de agosto de 1972), este lenguaje es el mismo que hablaban los submarinos y los aviones de caza alemanes al destruir los barcos y los aviones de pasajeros, aun neutrales, con dirección a puertos aliados; en un barco durante la primera guerra mundial murió el compositor Granados; en un avión comercial, durante la segunda, el actor de cine británico Leslie Howard.

No todos los atentados han sido contra aviones. El atentado en El Cairo contra el primer ministro de Jordania, Wasfi Tall, tenía dos objetivos: el de la venganza de la matanza de palestinos por jordanos en septiembre de 1970 (la matanza que da nombre a la organización Septiembre Negro) y la posibilidad de que por este hecho El Cairo se separase de Amman. Fue perpetrado el 29 de noviembre de 1971. Los cinco jordanos asesinados en Colonia el 26 de febrero de 1972 fue un «arreglo de cuentas»: las víctimas eran agentes secretos de Israel. El atentado del 4 de agosto contra el oleoducto de Trieste tenía por objeto «castigar» al petróleo árabe cuya riqueza no se entrega a la lucha por la reconquista de Palestina.

El primer atentado que se puede atribuir a la organización Septiembre Negro es el de El Cairo contra Wasfi Tall. Los anteriores se pueden atribuir a los dos Frentes de Liberación de Palestina (uno de ellos, llamado popular, más revolucionarista que el otro, llamado simplemente FLP) y otras organizaciones más o menos separadas de los núcleos oficiales de la resistencia palestina. Septiembre Negro nace en el final de 1971 y es una escisión de Al Fatah, aunque algunos creen que es simplemente su brazo armado, y que las declaraciones de inocencia del gran partido no son sinceras. En septiembre de 1970 las organizaciones palestinas fueron duramente reprimidas por el Ejército Real de Jordania; la represión se extendió a los campos de refugiados civiles, con ancianos, mujeres y niños, que fueron cañoneados. Fue el principio del fin para la resistencia palestina organizada, pre-sentido ya desde que los países

árabes aceptaron más o menos el Plan Rogers.

SEPTIEMBRE NEGRO

Se sabe poco de Septiembre Negro, como se sabe poco de todas las organizaciones clandestinas dedicadas al terror. Se dice que algunos de sus miembros se han adiestrado en Vietnam, en el Japón o en Cuba; pero a veces se dice, por contradicción, que guerrilleros internacionales, como los mismos japoneses, son adiestrados en los campamentos de Septiembre Negro. El único nombre propio que se conoce de la organización es el de un muerto, Fudad Assad El Chamali; cuando murió —hace menos de un mes— en un sanatorio de Ginebra, víctima de un cáncer, se dijo de él que era el jefe de la organización y su creador. Otros dicen que su creador fue Abu Ayad, desbordado luego por los radicales de la organización. Se dice ahora que es una mujer la que dirige la organización o, al menos, la operación de Munich: precisamente la viuda de Assad El Chamali, Elisar Antun Saada, hija de un político libanés, de origen cristiano-maronita (parece que Septiembre Negro, como Al Fatah, está formada por cristianos y musulmanes, y que los principales responsables son cristianos). En todo caso, la organización parece dotada de abundantes cerebros: todos los actos que ha reivindicado desde hace diez meses —cuando se tuvo la primera noticia de su existencia— han estado preparados con minuciosidad, cálculo y mucha antelación, como lo ha sido este de Munich.

Otro enigma es el lugar donde residen los militantes de Septiembre Negro. Se cree que no están en los países árabes, o que sólo tienen en ellos simpatizantes —también clandestinos— que proveen de fondos y de información a los verdaderos agentes, que estarían en Europa y preferentemente en tres países: Italia, Alemania Federal y Suiza. Con documentación falsa de trabajadores árabes de distintas nacionalidades, estarían trabajando en fábricas y, bajo esa cobertura, prepararían sus golpes. Hay en esos mismos países un gran número de agentes secretos israelíes que tratan de identificarlos. En Munich se ha dicho que los agentes especiales de Israel habrían advertido con antelación a la Policía alemana de que se estaba preparando un atentado de envergadura contra la delegación de Israel. Uno de los enigmas es el de cómo, pese a la gran vigilancia de la Policía alemana y la israelita, algunos agentes de Septiembre Negro consiguieron infiltrarse entre el personal auxiliar de la Olimpiada. A las acusaciones de lenidad, la Policía alemana responde que no podía calcular que una organización con fines pacifistas y apolíticos como la de los Juegos Olímpicos pudiera servir para un atentado de esta envergadura: debía estar cubierta por sus propios fines.

Un tirador de la Policía
disfrazado de atleta.

Una disculpa extremadamente fácil que encubre una situación bastante más compleja: la sociedad tiene, por el momento, pocos medios de defensa contra este tipo de actos. Las sociedades modernas son mucho más vulnerables, aunque parezca extraño, que las del siglo XIX: dependen más de una técnica delicada y más fácilmente amenazable, como se ha visto en el caso de los secuestros de aviones. Las mejores Policías del mundo, los más estudiados medios de detección, no han conseguido evitarlos todavía. Por eso no parece que haya hasta el momento más que dos tesis —enfrentadas— de tratar estos casos: aceptar los términos de negociación, para salvar los bienes y las vidas humanas amenazadas, y en la mayor parte de los casos inocentes y ajenas al tema que se dirime, o, por el contrario, negarse a cualquier forma de pacto y actuar con rudeza y energía, pase lo que pase, considerando que sólo la fuerza y el castigo puede disuadir al terrorista de continuar sus actos, en vista de que no solamente no consigue sus propósitos y paga con su vida, sino que la sangre de los rehenes recae sobre su propia causa. Esta última postura es la que se ha tomado en Munich.

WALDHEIM VERSUS NIXON

Parece ahora que las dos tesis se enfrentan en las personas de Waldheim, secretario general de las Naciones Unidas, y Nixon, Presidente de los Estados Unidos. Las declaraciones de Waldheim, el jueves pasado, sostenían que es la Asamblea de la ONU y la Secretaría General que él ejerce las que deben hacerse cargo de estos asuntos, y tratar de apaciguar esta violencia, como es su misión general en el mundo. Al mismo tiempo, Nixon intentaba la adopción de medidas duras a escala mundial, y comenzaba una serie de consultas internacionales —a partir de una convocatoria de unos cuarenta embajadores por el secretario de Estado, Rogers— para adoptar algunas medidas; entre otras, la de bloquear de alguna manera a los países que acogieran en su territorio a los agentes palestinos; medida que finalmente sólo perjudicaría a algunos —no todos— países árabes, pero dejaría probablemente intactas organizaciones como la de Septiembre Negro, que vive, como queda dicho, en la clandestinidad en Europa. Por otra parte, el terrorismo actual no es sólo fruto de los palestinos, de alguna manera los Estados Unidos protegen o ayudan a algunos de ellos, como los irlandeses del Ulster; esta diferencia de consideración procede de las dosis de minorías raciales en Estados Unidos. La judía es no sólo numerosa, sino poderosa; la irlandesa dispone de un importante número de votos. Esta discusión produce un enfrentamiento más entre Nixon y Waldheim, entre la Casa Blanca y la Secretaría General de la ONU. Nixon ha protestado también con-

tra la continuación de los Juegos. Le parece «indecente», adoptando así, también, la posición del Estado de Israel, que desde el primer momento ha solicitado la suspensión y condena con energía que se sigan celebrando. Es curioso y es una contradicción más que la decisión de continuarlos se haya tomado en virtud de una tesis que debería favorecer a Israel: la de que la continuación de los Juegos representa «una victoria de la paz sobre el terrorismo», según la tesis de Avery Brundage, tan poco afortunado en todo este asunto. Israel deseaba sin duda que la suspensión de los Juegos ampliase aún más el sentido de tragedia mundial que ha tenido el suceso. Pero para Brundage y el Comité Olímpico —muy dividido en esta decisión, hasta el punto de que algunas delegaciones nacionales, como la francesa, se han escindido— se trataba de una obra personal, como para Willy Brandt, que desde el primer momento —cuando los rehenes estaban aún en su residencia— pidió públicamente que continuaran los Juegos. Brandt ha sido otra víctima de la situación. Había hecho un excesivo énfasis propagandístico y político sobre esta organización y precisamente sobre la palabra organización. La oposición le acusaba de explotar los Juegos con fines electorales, y sus invitaciones a Jefes de Gobierno y de Estado para que acudieran a Munich fueron muy criticadas. Pero la oposición también había hecho uno de sus principales temas de ataque del recrudescimiento del desorden y el terrorismo y la incapacidad de Brandt para enfrentarse con él (una de las compañías favoritas de la derecha en todo el mundo es la de la «ley y el orden», que se consideran más capacitadas para defender) y su blandura para reprimirlo. Es muy probable que la influencia de estas acusaciones en una etapa preelectoral —las elecciones son en diciembre— hayan influido mucho en la terrible decisión final de volverse atrás de las negociaciones con los agentes palestinos (repetamos que, en realidad, no hubo vuelta atrás; mientras se negociaba se estaba preparando la trampa, y por eso se condujo al grupo a un aeropuerto militar, en lugar de al civil) y tomar la arriesgada decisión final de disparar. Ahora se le acusa por todo lo contrario. Es indudable que el final del episodio va a perjudicar mucho la candidatura socialdemócrata en las elecciones.

UNA SOLUCION POLITICA

Es difícil saber si el terrorismo, en cualquiera de sus formas actuales, puede llegar alguna vez a desembocar en un cambio político de situación. Hay pocos precedentes. Uno de ellos es el de Irlanda, que consiguió así su independencia. Pero el terrorismo, en aquel caso, se ejercía muy concretamente dentro del país contra unas fuerzas de ocupación extranjeras y contra los colaboracionistas. En otros casos,





Policías vigilando la Villa Olímpica...

LA OLIMPIADA ROTA

se ha consumido a sí mismo, agotado, porque es el esfuerzo de una minoría que se renueva mal y se quema mucho: a la larga, su acción está perdida, a menos que consiga sumar a la mayoría de la población y convertirse en revolución o guerra civil. Es, por ejemplo, lo que intentan los montoneros en Argentina, los tupamaros en Uruguay. Las organizaciones terroristas palestinas han declarado siempre que tienen ese móvil: forzar a los países árabes a endurecerse frente a Israel, a proclamar de nuevo la guerra, que es el único medio que ellos ven de regresar a su hogar perdido. Israel se ha prestado a veces a ese juego, organizando represalias contra los países árabes fronterizos para vengar las acciones de los palestinos; sin embargo, éstos no han respondido. La gran tensión de este momento, y los actos de represalia, hacen suponer que la guerra abierta puede reanudarse. No es así. La represalia será cuidadosamente limitada, y con posibles respuestas, también. Un nuevo estallido de la guerra sería el mayor éxito de la operación guerrillera, y no están dispuestos a dársela. El otro objetivo palestino es el de provocar la revolución dentro de los países árabes para librarse de los

Gobiernos actuales, que consideran como capituladores, pero también como opresores de sus propios pueblos: los largos y sangrientos incidentes de Jordania en los años setenta y setenta y uno fueron parte de ese intento de revolución, que fracasó. En cuanto a ideología política, es poco definida: hay organizaciones palestinas influidas por el marxismo, que quisieron nutrirse de la URSS, luego de China —y generalmente encontraron poca o ninguna ayuda—, y las hay típicamente nazis, que fueron incluso organizadas y adiestradas por antiguos nazis alemanes huidos. Más que una ideología concreta, o que una religión (queda dicho que cristianos y musulmanes luchan juntos), los guerrilleros palestinos tienen una necesidad perentoria de resolver el problema de su nación enteramente exiliada y el del regreso a su patria.

Las soluciones siguen siendo políticas. Al margen de todas las condenas, de todo el horror, de toda la indignación, debe servir para que se resuelva una situación en la que también mueren inocentes, y mueren cada día, y que es un vivero incansable de desesperados, de suicidas. ■ E. H. T.

La comunidad judía de Munich se manifiesta, pidiendo la suspensión de los Juegos.



CUANDO éramos niños no faltó entre los innumerables corruptores de conciencias que nos rodearon aquel que dijera: «Si los hombres se amaran como hermanos, el mundo sería una balsa de aceite». Locos, hipócritas o tontos de este tipo, por fortuna, ya quedan pocos, y uno tiene la impresión de que los supervivientes de esta especie se han refugiado en el Comité Olímpico Internacional, verdadero asilo de utópicos o de gentes que fingen amar las utopías. En los días que precedieron a los Juegos Olímpicos, la extrema izquierda alemana se manifestó en Munich contra los Juegos. Para los izquierdistas, la ciudad ha cambiado de nombre. La han bautizado **Proffitópolis**, ciudad del provecho, ciudad donde los beneficios derivados de los Juegos Olímpicos tienen la inmediatez de los 10.000 olímpicos que la han invadido y de los millares de gentes que han acudido a Munich ante el reclamo del mayor y más puro espectáculo del mundo.

La idea olímpica nació entre los pedagogos e higienistas de la segunda mitad del siglo XIX. La Comuna había exterminado prácticamente el socialismo utópico como tendencia proletaria. Los fusilamientos en el muro de los Confederados del cementerio de Pere Lachaise habían despertado con sus descargas a todos los soñadores que creían en la alianza implícita entre revolución, lirismo y buenos propósitos. La utopía pasó como una antorcha olímpica a manos de burgueses bienintencionados que, angustiados ante el espectáculo de las luchas de clases y de las guerras imperialistas, quisieron apartar de sí el cáliz de la evidencia y crear una parodia de la lucha y la anexión a través de los medios deportivos.

El ideal olímpico ha sobrevivido. Pero no hay que sorprenderse excesivamente. El otro día aún me pidieron dinero para la Santa Infancia, o papel de plata para los negritos. Los tics de la benefi-

ciencia no se resignan a desaparecer. Contra ese ideal olímpico farisaicamente sostenido por participantes y orquestadores, no ha podido un rosario de evidencias. Ni la comercialización del deporte. Ni el funcionarismo o el amateurismo marrón de la mayor parte de deportistas. Ni el racismo y nacionalismo implícito en el ansia de victoria. Días antes del inicio de los Juegos de Munich, el **tour de force** entre los países africanos negros y Rhodesia planteó un conflicto político. Lord Essex, representante del Reino Unido en el COI, defendió la admisión de Rhodesia, porque de lo contrario las naciones africanas capitalizarán en un futuro su victoria. Pero los miembros del Comité Olímpico no quisieron canjear la mediocre participación rhodesiana por los magníficos corredores negros en pruebas como los 400 metros vallas, medio fondo y fondo. Por otra parte, los negros americanos también amenazaban con el boicot si Rhodesia no era expulsada.

El arco iris de la bandera olímpica se ennegrecía según el color de las circunstancias. Avery Brundage salió indignado de la reunión del COI que excluía a Rhodesia. El viejo Brundage siempre ha tenido ideas muy particulares sobre la separación entre política y deporte. En 1936 presionó lo indecible para que no se quitara a Hitler el privilegio de organizar y orquestar los Juegos de Berlín. En 1956 fomentó las tensiones en torno a la participación soviética tras los hechos de Budapest. En 1972 abandona la presidencia del COI y da un portazo, porque «la política» ha privado sobre la deportiva participación de una nación racista.

OTRA CIUDAD ALEGRE Y CONFIADA

Era un aperitivo del drama, del auténtico drama que dará definitivo sentido a unos Juegos cuya «vedette» principal ha sido preci-

MEDALLAS OLI